

El primero de todos los bienes



Juan V. Martín Devesa
Historiador

Desde principios de agosto han aparecido en la prensa alemana noticias relacionadas con las Hungersteine, las piedras del hambre. Se trata de grandes rocas que descansan en el lecho de ríos como el Rin, el Mosela o el Elba y que la sequía ha dejado al descubierto. Sobre estas hungersteine se pueden observar toda una serie de líneas horizontales grabadas entre el siglo XV y principios del siglo XX indicando el nivel mínimo del agua alcanzado en las sequías más acusadas y su año correspondiente. Algunas presentan inquietantes mensajes como "si ves esta marca, échate a llorar".

Inevitablemente me han venido a la cabeza las antiguas baldosas y placas que decoraban las fachadas de algunos edificios de Valencia o Florencia como recordatorios de las grandes crecidas del Turia o el Arno. Y precisamente hace ahora 40 años miles de familias de Tous lloraban desconsoladamente después de haberlo perdido todo por una de las riadas más devastadoras de los últimos tiempos en nuestro país.

El agua siempre ha sido admirada y venerada a través de generaciones y civilizaciones como elemento fundamental en ritos religiosos y antiguas tradiciones, donde mares, lagos, ríos y fuentes eran la morada de divinidades, ninfas, duendes y otras extrañas criaturas. No es extraño que Píndaro calificase al agua como el primero de todos los bienes hace más de 2400 años, aunque a veces olvidemos que forma parte de nosotros mismos en más de un 70%.

El agua siempre ha sido admirada y venerada

Sin embargo, el valor que asignamos al agua presenta importantes diferencias culturales. Las grandes barcazas que transportan mercancías por los ríos de Centroeuropa puede que tengan que interrumpir sus rutas debido al bajo nivel del agua. Por el contrario, en el Mediterráneo, marcamos históricamente los niveles máximos para dejar constancia de un hecho extraordinario, porque el mínimo ya lo conocemos bien y con regularidad. El cero absoluto.

Las creencias y la poesía al líquido elemento han sido modeladas por nuestro clima, propenso a los extremos, donde el agua es venerada pero también temida. Tras siglos de padecer sequías y lluvias torrenciales, la cultura tradicional mediterránea del agua estableció mecanismos que aseguraban su acceso y protegía su pureza, aprovechando al máximo el escaso recurso.

Los antiguos egipcios, por ejemplo, inventaron las primeras estaciones de aforo, los nilómetros, hace más de 3000 años. Servían para medir el caudal del Nilo y poder calcular la tierra cultivable, para estimar la cosecha y... los impuestos que se podrían recaudar.

En numerosos ríos y fuentes del Mediterráneo todavía funcionan los antiguos sistemas de distribución del agua, en algunos casos desde hace más de mil años. Se trata de los partidores, dispositivos tallados en piedra que con gran efectividad dividen en partes proporcionales el caudal disponible para asegurar un reparto equitativo. Sitios tan lejanos como el oasis de Figuig, en Marruecos, o la Casa Fosca de Potries, cerca de Gandía, comparten estos ingeniosos sistemas.



Para administrar el bien más valioso y escaso, se han ideado sistemas de gestión desde la antigüedad, estableciendo normas y leyes. No está de más recordar que la corte de justicia en activo más antigua de Europa tiene como función regular el uso del agua de riego y se sigue reuniendo puntualmente todos los jueves a la Puerta de los Apóstoles de la Catedral de Valencia desde hace más de siete siglos, bajo el nombre del Tribunal de las Aguas.

Gracias a esta milenaria cultura en la gestión del agua hemos podido desarrollar la agricultura en las huertas mediterráneas, como las que podemos ver todavía en Altea.

Las acequias obraron el milagro de convertir esta tierra en un pequeño oasis

El sistema de regadío a través de las acequias centenarias permitió crear una rica agricultura en una zona semiárida como la nuestra, donde históricamente las precipitaciones no superan los 400 litros por año. Con estas escasas lluvias no podrían crecer la gran variedad de frutas y hortalizas que se cultivan actualmente en Altea, pero las acequias obraron el milagro de convertir esta tierra en un pequeño oasis, un paisaje que ha impresionado a los visitantes desde el siglo XVIII.

Hacia 1795 llegó a estas tierras el ilustre botánico valenciano Antoni Josef Cavanilles. Después de años de trabajo recorriendo toda la geografía valenciana publicó su obra las Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia, donde reunió toda la información sobre sus riquezas naturales y agrícolas con numerosos datos estadísticos e históricos. Así describió Altea:

¡Qué contraste forma el suelo de Altea con el secarral que vimos al nordeste de Bérrnia y la Solana de Benisa! Todo es blanco y polvoriento en los términos de Benisa y Calp, donde hay olivos, algarrobos, viñas, almendros y sembrados; todo sediento sin más recurso que las lluvias inciertas. Al contrario el de Altea rebosa de agua cristalina, que corre por canales. Aquí se observan frutales de todas especies, allá naranjos chinos tan hermosos como en su propia patria. Siguen estos deliciosos vergeles casi hasta la orilla del mar, mediando apenas seis varas entre las olas y las huertas. En aquel jardín ameno de más de 1000 jornales de huertas aniveladas interrumpidas por algunos cerritos bien plantados de viñas, de almendros y de higueras, sobresale uno donde está la villa.

Aquello que sobresale en esta descripción eran las exuberantes huertas alteanas que se mantenían, y se mantienen, gracias a un impresionante conjunto de canales y acequias que tienen más de 100 km de longitud y siglos de historia.

El más antiguo de los canales alteanos lo construyeron los romanos y se conoce como el acueducto dels Arcs, en referencia a los arquationes que sostenían el canal en un tramo aéreo de unos 500 metros. Sus restos se encuentran junto a la ermita de Sant Isidre y es uno de los cuatro bienes



de interés histórico del término de Altea. Aunque dejó de funcionar hace siglos, otras canalizaciones medievales y modernas aprovecharon su trazado para que hoy en día las aguas sigan el camino que marcaron.

Los caminos del agua en Altea han seguido desarrollándose durante más mil años, lo que ha dado lugar a la construcción de siete redes independientes de regadío, cada una con sus acequias propias, sus normas y su tribunal, el denominado Jurado, y con sus oficiales de gestión el Sequier y el Cap d'aigua. Las acequias también sirvieron para hacer funcionar hasta siete molinos, de los que podemos visitar dos de los más antiguos en el Parc de l'Aigua y junto al cauce del río Algar.

Pero como en todo el Mediterráneo, la amenaza de las lluvias desatadas despertaba tantos temores como la falta de agua. Por esto las redes de acequias no servían solamente para regar campos de cultivo sino para canalizar las aguas de las lluvias torrenciales, drenar las zonas bajas del término y permitir su cultivo. Se denominan popularmente *escorredors*, por permitir que las aguas se escurran hacia las acequias y finalmente al mar. Los más grandes tienen capacidad para drenar caudales superiores a los 2500 litros por segundo. Para aprovechar hasta la última gota, en tiempo de sequía, conducían las aguas superficiales a los canales de riego.

Y por supuesto, las acequias sirvieron para conducir el agua potable y abastecer los lavaderos públicos de la

población. A tres metros bajo tierra una fuente, la más antigua de Altea, ha dormido durante más de 150 años. Sólo conocíamos de ella el nombre: el Poador del Pontet, pero su ubicación exacta se había olvidado. A través de una

serie de campañas arqueológicas desarrolladas desde 2015 ha sido excavada y hoy podemos de nuevo sentarnos en sus gradas como hicieron nuestros antepasados.

Acequias que tienen más de 100 km de longitud

Se trata de una estructura semicircular de seis metros de radio en cuyo centro se encontraban los doce caños que vertían el agua a una gran pila que recogía toda el agua. Esta es la que le da nombre a la fuente ya que era donde las personas sumergían los cantaros para llenarlos, acción que en valenciano se denomina *poar*.

Junto a la fuente discurren el Escorredor de Pesaria, que lleva siglos funcionando, y una de las acequias más antiguas de Altea, el Reg Major. Por todo esto, el conjunto formado

por estas estructuras bien merece la creación un Centro de Interpretación de Cultura Tradicional del Agua en Altea, inaugurado el pasado enero.

Siglos de historia y cultura del agua se dan cita en este yacimiento que sirve para que tomemos conciencia de lo necesaria que es.

La cultura del agua es una de las más complejas de la historia

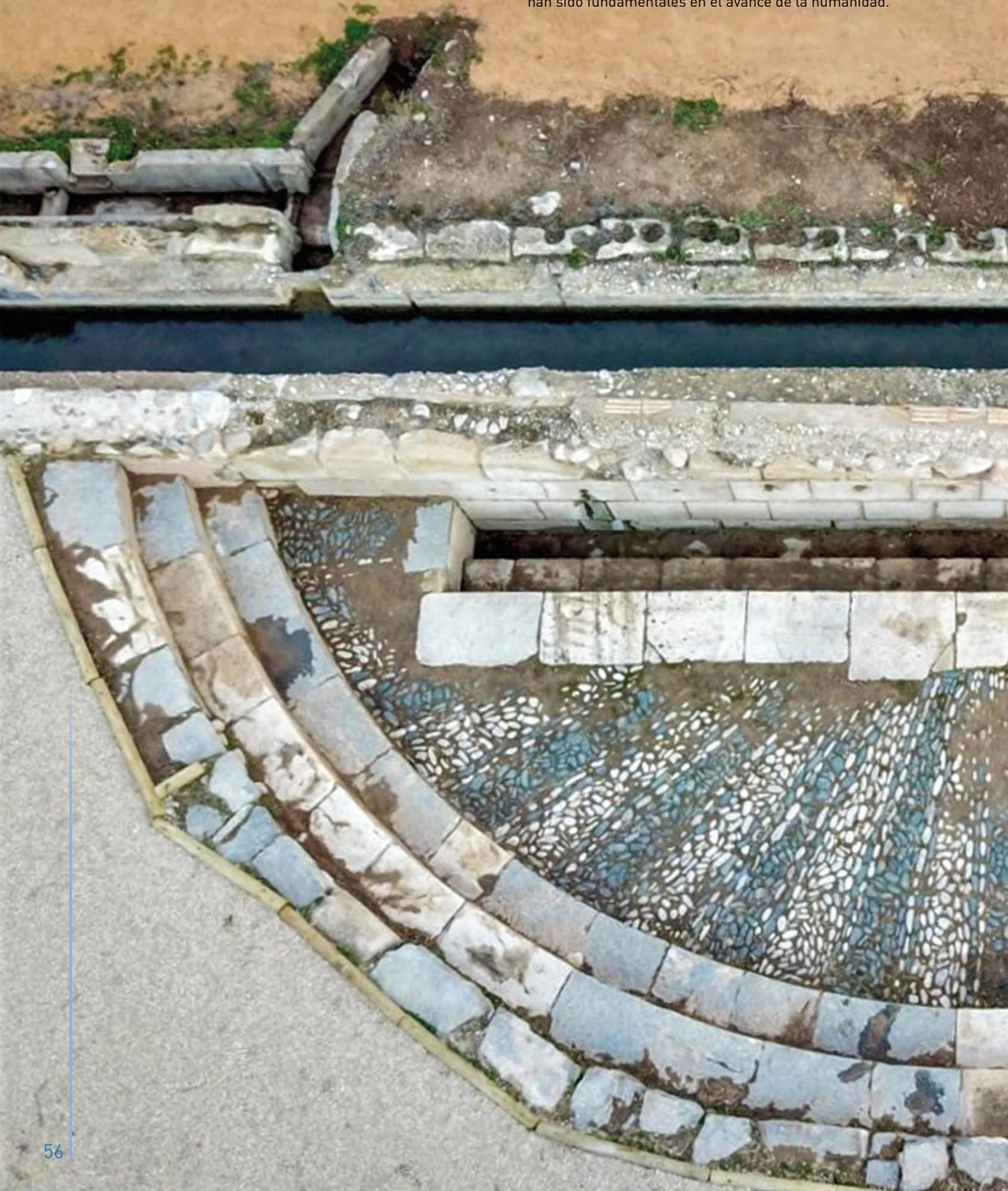
Todavía a día de hoy el agua continúa bien presente en la cultura popular, en la literatura o en la música porque desde el más remoto pasado simboliza la salud, la pureza y la fuerza. Puede que se nos olvide su valor al verla correr



en nuestras casas con un simple movimiento de los dedos, pero el agua sigue siendo un bien escaso. Sin las grandes masas de agua que lo forman, nuestro planeta tendría un aspecto radicalmente diferente y la vida sería imposible.

La cultura del agua, como creación humana, es una de las más complejas de la historia. Aprender a canalizar

y gestionar un bien tan preciado ha llevado milenios y ha permitido la difusión de la agricultura, la creación de ciudades, ha evitado epidemias o ha facilitado el transporte de mercancías a través de canales. Es por esto que debemos conocerla y respetarla, para seguir aprendiendo de ella. Este conjunto de prácticas o las sencillas acequias han sido fundamentales en el avance de la humanidad.





*Poador del Pontet
Fotografía de Pere Barber.*